

EL CONCEPTO DE DESASIMIENTO EN LA SOMBRA DEL CIPRÉS ES ALARGADA

María José TALAVERA MUÑOZ

Universidad de Alicante

RESUMEN

El desarrollo argumental de esta espléndida obra de Miguel Delibes se articula en torno a la reflexión sobre la angustia que provoca en el protagonista el hecho de que el paso del tiempo le haga desprenderse de numerosos elementos de gran valor para él. De aquí surge toda una teoría sobre el desasimiento, que es como llama el protagonista a la acción de separarse de todo aquello que ha aportado esencia a su ser: su familia, su amigo Alfredo, su Ávila natal, su amada Jane, etc. Esta teoría va tomando cuerpo progresivamente hasta llegar al punto en que Pedro, el protagonista, decide evitar el contacto prolongado con el resto de personas con que se va encontrando a lo largo de su vida, con el fin de no verse en la situación de tener que lamentar su pérdida. La muerte de su amigo Alfredo, la masacre de la guerra, y otra serie de pérdidas de menor relevancia, han provocado en él un dolor tan profundo que sólo desea protegerse del mismo. Sin embargo, esta postura es puesta a prueba con la aparición del amor. Jane consigue que Pedro abra su corazón al mundo de nuevo y acepte el desasimiento como un fenómeno consustancial a la vida.

Palabras clave: Miguel Delibes, desasimiento, ciprés.

ARTÍCULO

1. CONFIGURACIÓN DEL CONCEPTO

El concepto de desasimiento se desarrolla a lo largo de la obra a través de una serie de elementos que, una vez constituidos, sufren un proceso irremisible de cambio. El hecho de que determinadas circunstancias vitales se alteren, provoca en el protagonista una sensación aguda de inadaptación. Este sentimiento se ve favorecido por una profunda conciencia de ciertos conceptos como la amistad o el amor, pero también la salud o el éxito. Las situaciones vitales que provocan la pérdida de algún elemento relacionado con esos conceptos, hace que el protagonista se plantee una teoría de concepción del mundo que le libre de sufrir ante la pérdida. La solución inicial que le sirve de aparente prevención ante el dolor es el desasimiento. Pedro luchará por evitar cualquier tipo de lazo que le una a algo perecedero y le obligue a pasar por la dolorosa situación de aceptar su pérdida. Sin embargo, en el transcurso de la novela, esta teoría del desasimiento sufrirá una reelaboración.

2. PERIODO INICIAL DE LA CONFIGURACIÓN DEL CONCEPTO

Al comienzo de la obra, se nos presenta al protagonista, Pedro, marcado ya por una circunstancia que, desde su más tierna infancia, lo relaciona con el lado más hostil de la vida: la muerte. Es huérfano pero no recuerda a sus padres, por tanto, esta pérdida no le provoca un sentimiento de angustia a su temprana edad. No ha llegado a ser consciente del lazo que lo unía a ellos. Sin embargo, será éste un hecho que hará más serias sus cavilaciones sobre la existencia, a medida que crezca y comience a tomar conciencia sobre ciertos aspectos de la vida con la ayuda, en un principio, del señor Lesmes, su tutor.

-Antes de nada –me dijo mi tío al verse a solas conmigo-, para cuando lo necesites, sabe que tu padre se llamó Jaime y tu madre María. – (En toda mi vida tuve otra idea de mis padres.

En adelante, siempre que sus nombres debían figurar en algún documento, lo hice constar así, añadiendo, entre paréntesis, «fallecido», aun cuando, en realidad, nadie me hubiera asegurado tal desenlace.» (Delibes, 2005: 12).

Se hace cargo de él su tío. Sin embargo, con muy pocos años, Pedro se traslada a la casa de don Mateo Lesmes quien, a cambio de un sueldo mensual, se convierte en su tutor y se hace cargo de su educación académica.

Cuando me apeé en la puerta de don Mateo me invadió una sensación de soledad como no la había sentido nunca. Me hacía el efecto de que nadie en el mundo daría un paso por afecto hacia mí. Yo era un estorbo que únicamente por dinero podía aceptarse (Delibes, 2005:15).

Pedro experimenta en este momento la primera sensación de pérdida: su tío, única persona a la que se siente vinculado en el mundo, lo envía a casa del señor Lesmes, un desconocido al que todavía no le une nada.

Será el tiempo y la convivencia la encargada de crear un vínculo entre el protagonista y los habitantes de la casa: don Mateo, su mujer doña Gregoria, su hija Martina, Estefanía, la sirvienta, y Fany, la perrita. Al poco tiempo de incorporarse al hogar, llega un nuevo chico de su misma edad, Alfredo, con quien más se identificará. Entre ellos dos surgirá una verdadera amistad, que cuando se vea truncada provocará en Pedro su primera crisis existencial. Los dos amigos van creciendo juntos, compartiendo aficiones y estudios, y en estos últimos, además, con la ayuda de Don Mateo, obtienen unos resultados muy aceptables.

Don Mateo llegó a los postres con un visible júbilo bailándole en el rostro. No trataba de disimularlo; estaba satisfecho y su contento irradiaba de él como la luz y el calor, del sol, naturalmente. Brindó con champaña por nuestro futuro, añadiendo que sería apacible si no ambicionábamos demasiado. «Siempre es más fácil perder que ganar –terminó-, y por eso conviene quedarse en poco» (Delibes, 2005: 49).

A raíz de estos buenos resultados académicos, surge, sin embargo, un primer apunte sobre la conducta vital que tratará de seguir más adelante el protagonista. Y el señor Lesmes es su precursor, pues les aconseja a ambos que no aspiren a conseguir el máximo éxito ya que, si no son capaces de mantenerlo, se verán abocados a la difícil situación de aceptar el fracaso. El consejo de su tutor es que no aspiren a llegar a lo más alto. De ahí que realice las siguientes afirmaciones:

– Hacen falta años para percatarse de que el no ser desgraciado es ya lograr bastante felicidad en este mundo. La ambición sin tasa hace a los hombres desdichados si no llegan a conseguir lo que desean. La suprema quietud con poco se alcanza, meramente con lo imprescindible. [...]

–Tal vez el secreto –añadió don Mateo- esté en quedarse en poco: lograrlo todo no da la felicidad, porque al tener compañía siempre el temor de perderlo, que proporciona un desasosiego semejante al de no poseer nada. Debemos vigilar nuestras conquistas terrenas tanto como a nosotros mismos. Son, casi siempre, la causa de la infelicidad de los hombres.

[...] Un brillo triste iluminaba las pupilas del señor Lesmes conforme iba hablando.

–No es lo mismo perder que no llegar. Si os dan a elegir, quedaos con lo último. El hombre acostumbrado a dos, si le dan tres será feliz; si desciende a uno, apenas percibirá la diferencia. El habituado a diez si baja a tres difícilmente sabrá acomodarse a esta férrea limitación; si llega a veinte no por ello se incrementará su dicha, porque hay una raya en que, rebasada, las conquistas no proporcionan utilidad. [...]

–[...] la realidad de la vida terrena no es para el creyente, pero tampoco para el vicioso. Para aquél la vida es una esperanza y un hastío para este. La vida terrena es del hombre neutro; de quien no ha puesto la base de su felicidad en nada caduco, finito, limitado, aunque tampoco en una vida ulterior; de quien ha hecho de la vida una experiencia sin profundidad, altura, consistencia ni raíz... (Delibes, 2005: 61).

Siguiendo las ideas del señor Lesmes, la ambición provoca desasosiego ante la posibilidad de no conseguir lo deseado; y, por otro

lado, conseguir lo deseado produce la misma preocupación, puesto que entonces surge el temor de perderlo. Propone, por tanto, conformarse con poco para no sufrir con el deseo de lo aún no conseguido, ni con la añoranza de lo perdido. Desasirse, según su teoría, provoca mayor sufrimiento que no obtener lo deseado. Por ello, propone un ideal de hombre basado en una actitud fría y distante ante la realidad, un hombre que no se ligue a nada perecedero, pero que tampoco ambicione un estado superior tras el presente. Piensa, además, que el hombre actual es fruto de una pérdida de valores que sí tuvo el hombre del pasado, pero considera que ni uno ni otro representan una postura acertada. Identifica al hombre del pasado con aquel que aspiraba a un estado de vida superior después de la muerte, basándose en creencias religiosas, y dedicando su vida a la adoración mediante el levantamiento de monumentos religiosos. Y el hombre actual, por otro lado, es para él aquel que se concentra en sacar al presente tanto jugo que se dedica a actividades frívolas; aquel que ha perdido la concepción antigua de la vida y no encuentra una sustitución moral adecuada, puesto que su vida viciosa le provoca, no obstante, hastío.

Él entendía que el hombre de cinco o diez siglos antes vivía más en la realidad que el actual. Se afanaba en levantar murallas, conventos o catedrales, porque tenía un concepto más serio de la vida: conservar la existencia para llegar a Dios. Nuestro maestro condenaba la frivolidad del hombre moderno, el cual se dice hijo de Dios pero cifra toda su ilusión en disfrutar la existencia terrena. En consecuencia, el hombre actual se limitaba a conservar los monumentos del antiguo y únicamente levantaba teatros, cafés y otros lugares de esparcimiento con una raíz exclusivamente material (Delibes, 2005: 52).

Se obtiene como conclusión que, a pesar de que el hombre antiguo fuese más serio y el moderno, más frívolo, ni la aspiración a la gloria ultraterrena ni la evasión a través del disfrute de lo terrenal y perecedero, conducen a la felicidad. La propuesta del señor Lesmes es un hombre que amortigüe el deseo de cualquier naturaleza, con el fin de no sufrir decepción alguna, esto es, ni como consecuencia de la no

consecución de lo deseado ni por causa del desasimiento de lo conseguido.

Pedro, ante la casa antigua de enfrente, realiza también ciertas reflexiones. Esta casa simboliza los monumentos levantados por los hombres del pasado. Las figuras de guerreros que observa en sus hornacinas le hacen imaginarse a los hombres de un pasado del cual la actualidad se ha desasido. Y comienza a admirar cómo el paso del tiempo actúa transformaciones y, por tanto, produce pérdidas.

La casona de enfrente seme imponía con cada una de sus piedras amarillas, vigorizadas por un pulso de siglos. La hornacina rellenaba en parte su concavidad con el relieve de los cuatro guerreros, dos vencedores y dos vencidos. Me fijé en ellos con más detenimiento que de costumbre. Don Mateo solía referirse a ellos cuando afirmaba que «fueron más serios y mejores que nosotros» (Delibes, 2005:46).

Toda esta teoría inicial sobre el sufrimiento que provoca acostumbrarse a una pérdida de cualquier naturaleza, se ve pragmáticamente representada en el suceso que hace que la perrita Fany quede coja de por vida:

En el puente nos ocurrió un suceso lamentable. Un carro cargado de naranjas pasó a gran velocidad junto a nosotros. Tan rápidamente se nos echó encima que a punto estuvo don Mateo en dar la voltereta por la acitara. El susto de Fany se transformó, pasado el primer instante, en una ira incontenible que la impulsó a lanzarse en pos del caballo ladrándole junto a los cascos. Hubo un momento en que la vi entre las ruedas. [...] La rueda del carro cargado aplastó una de sus pequeñas patas contra la calzada. Fany aulló de dolor y quedó tendida en la carretera, lamiéndose la pata lesionada mientras el carro se perdía en la oscuridad. Corrimos todos hacia el animal, que se estremecía en el suelo.

–Fany quedará coja.

Se marchitó la última esperanza. En un principio juzgué cruel al señor Lesmes, pero un instante después le perdoné, pensando que era aún más cruel alentarnos con una esperanza infundada.

-Aquí tenéis la demostración de lo que antes os decía. [...] Si Fany hubiera nacido coja de dos patas hoy se sentiría feliz de poder disponer de tres. Pero Fany hace poco utilizaba sus cuatro patas...

Dejó la frase en el aire, pero todos, excepto Martina y seguramente la propia Fany, le comprendimos. Evidentemente había un riesgo en la abundancia e incluso en la misma normalidad (Delibes, 2005: 63).

En este fragmento se vuelve a analizar el sufrimiento por la pérdida de algo que anteriormente se poseía (la patita de Fany) y, también, la importancia de no crearse falsas esperanzas (el anuncio de su cojera definitiva). Pero, a todo ello se une una nueva idea que profundiza todavía más en el temor ante el desasimiento y esto es que, sin necesidad de haber conseguido nada extraordinario, también se puede sufrir por la pérdida de lo que se posee por propia naturaleza. Y contra esto, el señor Lesmes no propone ninguna solución preventiva.

Otro suceso que ejemplifica el concepto de desasimiento y que Pedro recordará a lo largo de su vida, por la profunda impresión que le provoca, es la contemplación de un cortejo fúnebre. Se trata de un joven viudo que acompaña al cuerpo inerte de su joven esposa, reflejándose en su rostro un profundo sentimiento de tristeza y soledad. Esta será la lección más impactante que don Mateo explique a su pupilo. Y esta clase de vinculación será la que el protagonista tratará de evitar con más empeño en un futuro.

Por el camino cruzaba un cortejo fúnebre. Pocas personas acompañaban a la carroza. Llamó mi atención el aspecto de un hombre joven, enlutado, que caminaba automáticamente tras el difunto. Era su abatimiento tan acusado que se diría que la muerte no contenta con robarle a un ser querido le había marcado a él con la impronta de su soplo gélido. Cruzó el cortejo frente a nosotros. Don Mateo se descubrió y Alfredo y yo nos santiguamos.

-Ahí tenéis un viudo bien joven –dijo el señor Lesmes cuando se alejaban. [...] Las bodas no serían tan frecuentes ni se adornarían con detalles tan superfluos e insensatos si los novios

pensasen en su día que uno de los dos ha de enterrar al otro (Delibes, 2005: 83).

Consecuencia del profundo impacto de la lección aprendida son las siguientes reflexiones del protagonista:

Cuando mi cerebro disfrutaba de la capacidad suficiente para discurrir con frialdad, las pesadillas adquirían una consistencia pastosa. De causa en causa iba saltando hasta topar con el efecto fatal: la muerte. Siempre giraban mis torturas en derredor del viudo, del negro luto, del picar de los canteros, del pino redondo y aromático elegido por Alfredo para reposar eternamente... Me asomaba con frecuencia a la angustiada teoría del desasimiento. Paulatinamente iba confirmándome en ella. «Vivir es ir perdiendo, me decía; e incluso, aunque parezca aparentemente que se gana, a lo largo nos damos cuenta de que el falso beneficio se trueca en una pérdida más. Todo es perder en el mundo; para los que poseen mucho y para los que se lamentan de no tener nada.» (Delibes, 2005: 113).

La teoría del desasimiento va cobrando consistencia en el alma del protagonista, conformándola, como describe en alguna ocasión, como la sombra alargada de un ciprés. Un alma fina y cortante, que no acoge, sino que divide y distancia al individuo de sí mismo, de sus apetencias íntimas, y del resto de la sociedad. Un alma que mutila el deseo a la realidad y pretende conformar un ser sin esperanza, sin alegría y, supuestamente, sin pena. Esta idea de alma semejante a la sombra de un ciprés surge a raíz del deseo que expresa Alfredo, en una visita al cementerio, de ser enterrado bajo la sombra de un pino, la cual le parece más acogedora, de una redondez más amistosa, menos hiriente que la alargada y fina sombra de un ciprés, que divide en dos los objetos sobre los que se posa y no los envuelve por completo, aceptándolos en toda su extensión y naturaleza, como sí hace el pino.

La determinación de evitar cualquier relación íntima, tanto desde el punto de vista de una vida en pareja, como desde el concepto de amistad, se ve reforzada por un hecho que provoca un gran vacío en el protagonista y ante el cual no puede poner ningún tipo de remedio de manera previa. Se trata de la muerte de su amigo Alfredo, a quien ya se siente unido por un sincero lazo de amistad. Pedro

considera su amistad con Alfredo como aquello que le proporciona alivio ante una realidad de orfandad y abandono familiar que en un principio se le hace difícil aceptar. Alfredo es huérfano únicamente de padre, pero se encuentra en la misma situación que él porque su madre prácticamente también lo ha abandonado. Ella ha rehecho su vida junto a una figura que siempre es nombrada como *el hombre*, el cual se opone a convivir con su hijo. A este personaje ni siquiera se le da nombre con el fin de marcar, de una manera más patente, la distancia que pretende mantener con Alfredo. Es la causa del desasimiento entre Alfredo y su madre y por ello aparece caracterizado de la manera más deshumanizada posible.

A causa de la profunda conciencia de amistad que surge en Pedro, de la positiva valoración de su amistad con Alfredo, considerándola lo más valioso que ha poseído en su corta existencia marcada por la falta de afecto, surge el consiguiente temor a verse obligado a desasirse de ella. De ahí que Pedro se anticipe al resto de los personajes, e incluso a la madre, en ver los primeros signos de la enfermedad de Alfredo.

Decidí muchas veces no anudar mi existencia al mundo que habitaba, no asociarme a los hombres con raíces profundas; llegar a la muerte con el menor lastre posible y que la muerte de los demás rebotase en mí como un suceso indiferente y frío. En estas ocasiones una voz interior me anunciaba que podía aún prescindir de mucho, pero que ya no me sería posible dejarlo todo. Alfredo, en la cama de al lado, pregonaba la sinceridad de este juicio (Delibes, 2005: 118).

Cuando llega el desenlace fatal, provocado por la enfermedad de la tuberculosis, Pedro asiste a él aletargado por la honda impresión que le causa. Más adelante describirá esta clase de sucesos a los que se atiende a la manera de un espectador externo, hechos extraordinarios cuya naturaleza parece irreal a causa de ser o bien enormemente positiva o bien profundamente negativa.

Casi no había comenzado todavía a desnudarme cuando los acontecimientos y las sensaciones se acumularon sobre mí. Creo que el orden cronológico de los mismos fue el siguiente:

Unos pasos rápidos en el portal y un taconeo intenso de unos pies femeninos sobre los cuatro primeros escalones.

Un grito de mujer partiendo de un lugar ilocalizable.

Unas palabras, pocas, rompiendo el ritmo amortiguado que se venía usando desde hacía nueve días para conversar en aquella casa.

Un tremendo portazo.

Unas carreras alocadas, frenéticas, por el pasillo.

Una nerviosa llamada a la puerta de la calle.

Otro grito penetrante.

Repetición de una llamada a la puerta cada vez con más frenesí...

Venía esperando esto desde hacía tanto tiempo que estoy convencido de que ni un solo músculo de mi cuerpo se alteró. Percibí, uno a uno, aquellos leves indicios, suficientes para explicar lo sucedido. Apreté las mandíbulas y me encaminé a la habitación de Alfredo. Había luz en ella y llanto. Entré. Alfredo seguía sonriendo, pero sobre el esbozo de la sábana había vuelto a surgir la terrible mancha roja. El señor Lesmes apoyaba su oído sobre el pecho de Alfredo, al incorporarse dijo que «no» con la cabeza. Doña Gregoria y Estefanía alargaron sus gemidos al ver este gesto. La puerta de la calle seguía siendo machacada implacablemente. Salió Estefanía enjugándose las lágrimas con un pañuelo sucio. Don Mateo asió la sábana por el borde y la levantó cubriendo el rostro lívido de Alfredo. De improviso penetraron en la estancia muchos alaridos y tras ellos una mujer. Aunque envejecida la reconocí como la madre de mi amigo. Gritó aún más fuerte al ver el bulto en la cama, coronado por una mancha roja. Se arrojó sobre él y le destapó. Alfredo seguía sonriente. Se abrazó a él su madre, incorporándole. Cuando le soltó, el busto de mi amigo se desplomó, rígido y pesado, sobre la almohada, escurriéndole un hilillo de saliva rosada por la comisura izquierda de la boca (Delibes, 2005: 120).

Experimentar de manera real la obligación de desasirse de su ser más querido en ese momento, hace que el protagonista de esta obra asiente con mayor firmeza la teoría que, iniciada por las enseñanzas de don Mateo y desarrollada por su propia personalidad, dirigirá en adelante su vida de un modo peculiar y aparentemente inicuo para su estado emocional interno.

La muerte siempre pasaba; la memoria del ausente iba debilitándose como esos colores que sucumben sin transición, difuminándose. La muerte no suponía para el mundo nada substancial; era un simple accidente. «La vida sigue.» Era la fórmula bajo cuyo imperio se organizaban los años, los lustros y los siglos.

En cambio, yo me sentía cada vez más arrebatado por el vacío insensato e irremediable del vuelo de Alfredo. Discurrían los meses, los años incluso pero la fuerza de su ausencia continuaba imponiéndoseme (Delibes, 2005: 136).

Nunca podrá olvidar su amistad con Alfredo y, si bien esto le prolonga su sufrimiento, también le recuerda con más ahínco lo importante que es no tener un contacto continuado con ninguna persona, a fin de no crear ningún vínculo que conllevara sufrimiento a la hora de perderlo.

Por contraste con su personalidad, va analizando las diversas reacciones de las personas que le rodean, con relación a esta pérdida, tan fundamental para él, y a otras que van ocurriendo cotidianamente. Si al protagonista le parece rápida la vuelta de aquella casa a una vida normal después de la muerte de Alfredo, más rápido se recompone la misma de la muerte de los pececillos, pues esa misma noche se sirve pescado para cenar.

Otro día aparecieron muertos los pececitos de la pecera verde. Su muerte se debió a una lamentable negligencia de mi patrona. La ventana del cuarto en que pernoctaban quedó abierta toda la noche y la helada intensa de la madrugada hizo sólido el líquido elemento en que los peces se revolvían. A la mañana un grito de doña Gregoria puso en ebullición toda la casa. Acudimos a su alarido y pudimos ver cómo los dos pececitos rojos estaban incrustados, íntegros, en un opaco y redondo bloque de hielo. Hubo lágrimas. Lloró doña Gregoria, lloró Martina y lloró Estefanía. Don Mateo se contentó con contemplar, sonriendo melancólicamente, la palma pequeña y morena de su palma izquierda. Pero, pese a todo, aquella noche tuvimos pescado con patatas, de segundo plato (Delibes, 2005: 137).

Los pececitos habían sido para Pedro y Alfredo una presencia entrañable en aquel hogar lleno de hierática contención. Cada noche, después de cenar, el señor Lesmes desmigajaba un trozo de pan en la palma de su mano y vertía las migajas sobre su agua, ante la mirada atenta de los dos chicos que disfrutaban viendo comer a los pequeños pececillos.

Hechos de otra naturaleza, como, por ejemplo, el robo que sufre doña Leonor, también acaban siendo olvidados, a pesar de la impresión causada inicialmente, y todo se recompone, vuelve a su cotidianidad, e incluso se deforma el recuerdo del suceso, debido al irremediable debilitamiento de la memoria humana.

Otro día nos alarmó doña Leonor con una serie de gritos histéricos impresionantes. La habían robado. La habían desvalijado completamente aprovechando el momento en que ella oraba en la iglesia de San Pedro. Doña Leonor acudió a la Policía. Dos años más tarde nadie recordaba el hecho sino esporádicamente la interesada, para justificar la falta de detalles personales. Y advertí que, conforme corría el tiempo, las alhajas robadas aumentaban de tamaño, de valor y de belleza (Delibes, 2005: 138).

También la hemiplejía que sufre el padre de doña Gregoria es superada con el distanciamiento necesario que favorezca una vuelta a la vida diaria lo más rápidamente posible.

Otro día le dio una hemiplejía al abuelo. Doña Gregoria nos trasladó a todos durante una semana a su domicilio. Yacía el anciano entre las sábanas con medio cuerpo vivo y la otra mitad muerto. Hasta las barbas del lado derecho habían perdido su temblor vivaz. Cuando intentaba sonreír sólo los pelos del lado izquierdo se movían como unos hierbajos secos estremecidos por la brisa. Pasó la semana y como el viejo no lleva trazas de morir ni revivir del todo, retornamos a nuestro hogar con una nueva pena enquistada encima del corazón de doña Gregoria que, no obstante, se adaptaba al doloroso cambio con su característica impasibilidad (Delibes, 2005: 138).

Pedro va analizando así cómo la vida sigue su curso pertinaz, sin detenerse ante ningún tipo de acontecimiento, por doloroso que sea. El dolor depende de la conciencia que cada uno tiene sobre las cosas y los seres que le rodean. Pero el transcurso de la vida es implacable y cruel para aquel que crea lazos y basa su felicidad en elementos transitorios.

La vida [...] era como un río que después de la avenida fuese esparciendo a izquierda y derecha de su curso los restos de los destrozos ocasionados en su expansión. Unos nacían, otros morían; unos caían otros se levantaban; unos quebraban, otros se enriquecían; perdían unos la salud, otros la recobraban (Delibes, 2005: 138).

Así va creciendo también Pedro, transformándose, abandonando la infancia y dando paso al hombre que irremediablemente se enfrenta a una vida llena de situaciones y acontecimientos imprevistos, ante los que no siempre puede controlar la reacción, por mucho que se lo proponga. Y este crecer se parangona con el de Martina, quien sólo contaba con tres años cuando llegó él a aquella casa. Todo se va transformando.

Así fue finalizando la primera etapa de mi vida. Extinguiéndose lenta, calladamente, como muere y se extingue una llama, pasando por las sucesivas fases de embriaguez, madurez, debilitamiento progresivo y azul. Desvaneciéndose entre los compases rutinarios de Martina golpeando el piano. Una Martina que iba creciendo, haciéndose persona poco a poco. (Delibes, 2005: 139).

3. CONFIGURACIÓN PLENA DEL CONCEPTO

A pesar de las dificultades que supone el hecho de no querer mantener ninguna relación con el exterior, el protagonista profundiza en su reflexión sobre la necesidad de mantenerse aparte del mundo, y hace de esta determinación una norma de comportamiento, que intenta mantener constante y sin ninguna posible alteración. No obstante, siente que su actitud no es la de una persona normal, aunque, por otro

lado, sabe que la aguda conciencia que él tiene sobre el necesario desasimiento a que obliga la vida tampoco tiene cabida en las reflexiones del común de los mortales. Él necesita una protección ante el dolor que le provocan ciertas transformaciones vitales, y ese protector es su teoría sobre *el hombre neutro*¹:

 Mi facultad de desasimiento era rígida y sin reservas; ni aún esforzándome podría darle la elasticidad mínima para discurrir por la vida como un individuo normal. Habría de sujetarme, de prejuizar el alcance de mis acciones antes de consumarlas, de vigilarme noche y día para evitar un encadenamiento sentimental que con el tiempo podría costarme caro (Delibes, 2005: 142).

 Sabe que la vida le irá presentando situaciones ante las que le resulte difícil mantener su rígida actitud, y por ello, opta por elegir un oficio que le favorezca poner en práctica su teoría, evitando, en la medida de lo posible, que los inesperados envites del destino le obliguen a sentir de nuevo la desesperante sensación de pérdida que ya experimentó con su amigo.

 Tres tardes antes de acabar los exámenes llegué a una definitiva resolución. Convencido de la imposibilidad de elegir el rumbo de mi destino estimando únicamente el valor de mis aptitudes, me decidí, al fin, por una carrera que, conservándome en el mundo, me permitía al propio tiempo mantenerme apartado de él. Decidí hacerme marino mercante. Esta profesión aunaba todas mis ambiciones. Su carácter variable, la constante movilidad de horizontes y de personas, rimaba a la perfección con mis deseos de evitar tratos y relaciones reiterados o permanentes (Delibes, 2005: 144).

 Configurar su vida en travesía constante le otorga, en un primer momento, la paz que tanto anhela, basada en la seguridad de no poder unirse de manera profunda con ningún lugar ni persona; contemplando constantemente el mundo en su globalidad desde cubierta, en forma de un mar inmenso y un horizonte lejano e infinito, cuya visión le

¹ Este es el modo que tiene el señor Lesmes de nombrar a aquel tipo que ni se ilusiona ni padece por nada.

proporcionan la quietud de la distancia que existe entre un pequeño hombre y un mundo inaprensible, hacia el que no lanza cabos que lo puedan unir más de unos pocos días en el mismo lugar.

No obstante, y a pesar de creer que se había puesto a salvo de cualquier nefasto capricho que el destino le tuviera deparado, llega un momento en que el mar se convierte también en testimonio de pérdida, de la trágica infamia humana. Aparecen cuatro cadáveres como consecuencia de la guerra

Tres cadáveres más recogimos y dimos al mar aquella tarde. Cuando posteriormente arrumbamos hacia nuestras costas noté en mi alma un dejo de irrealidad gris, una impresión de malestar extensivo y confuso. Me pesaban encima los cadáveres de aquellos cuatro hombres deformados, espantosamente deteriorados en su ponderación anatómica. El mar dejó de ser para mí una superficie de serenidad, un compendio de paz, plana y bruñida, para pasar a ser un agente más de la muerte; un agente activo, hipócrita, devastador.

Pensé que también aquellos cuatro hombres –y los restos de otros siete que no habíamos encontrado- tendrían lejos una familia, una amistad, que la guerra había tronchado de súbito (Delibes, 2005: 165).

Los cadáveres encontrados le sirven de analogía para suponer las terribles consecuencias totales a que da lugar la guerra. Analiza esta faceta humana como la más deshumanizada y cruel. Y vuelve a maravillarse ante la facilidad que presenta el ser humano de sobreponerse incluso a la más trágica de sus pérdidas, los propios miembros de su especie, sus semejantes. Concreta esta idea poniendo como ejemplo a las mismas familias que sufren la tragedia y que, siguiendo la regla ya observada en casos semejantes, se sobreponen a la pérdida con una asombrosa pero generalizada facilidad:

En los meses siguientes y cuando la guerra acabó, me sentí embargado de un opaco sentimiento de disconformidad. Me estremecía pensar en los vivos por causa de los muertos. No comprendía cómo cientos de hogares mutilados podían incorporarse a la vida normal sin resentirse de sus miembros amputados. Para mí aquella guerra fue como una confirmación

de la frialdad humana. Al hombre sólo le corta las alas la bala que le mata. La gigantesca pira de varios millones de muertos no hace más que avivar la sensualidad de los supervivientes (Delibes, 2005: 166).

Continúa, no obstante, su vida sobre el mar, con la misma determinación de no tomar contacto con el mundo que le rodea. Sin embargo, la realidad vuelve a imponerse a sus pretensiones y, al igual que ocurre con los cadáveres que encuentra azarosamente en el mar, ahora encontrará algo que hará tambalearse, desde su más profunda base, los cimientos de su teoría sobre el *desasimiento*:

Poco tiempo después inauguramos el tráfico con Providencia. Acepté satisfecho este tráfico transoceánico que me permitía intensificar mi retraída vida de mar sin influjos de vida común, ni roces temperamentales con psicologías más o menos acordes a la mía. Seis años más tarde tomé un nuevo contacto con el mundo; ese contacto que a todos nos acecha donde menos esperamos y, que inconscientemente va erigiéndose en nervio y estímulo de nuestras existencias, constituyéndose en eje y razón de la propia vida (Delibes, 2005: 179).

Conoce a Jane en el transcurso de una ruta hacia Norteamérica. El yate que ella tripulaba junto a otras tres personas se avería y han de recogerles. Durante una conversación de noche en la cubierta, Pedro siente nacer en él un nuevo sentimiento:

Notaba que me iba sintiendo a gusto en este pugilato insulso de sutilezas irónicas; que olvidaba temporalmente, apartándolas de mí las sombras que perennemente cercaban a mi espíritu y que con esta fuga a regiones aéreas, sin raíz, penetraba en una zona estimulante, redonda y fértil que me ayudaba a desprenderme de mi lastre original (Delibes, 2005: 184).

Su mundo interior comienza a tambalearse y empiezan a surgir las dudas y el miedo ante este nuevo lazo que se crea entre él y Jane y contra el que no puede oponer la resistencia que convendría para mantenerse a salvo de un posible sufrimiento posterior. Se compara a sí mismo con una corbeta metida en una botella que le regalaron

tiempo atrás. Dentro permanece entera y constantemente inalterable. Si sale puede romper el elemento que la protege o destruirse a sí misma. Se trata, ni más ni menos, del dolor que produce desasirse de la propia teoría del *desasimiento*. Con esto Pedro ve transformarse su mundo interior y teme quedar a merced de fuerzas externas adversas, sin ningún tipo de protección:

Al verla ante mí me hizo el efecto de que me recriminaba por mi comportamiento de los días pasados. «Yo entré aquí a retazos –aparentaba decir el barquito embotellado–, pero no podré salir sin destrozarme a mí, pero en este caso, la envoltura perdería toda su substancia y su íntima razón de ser para convertirse en un objeto inútil y despreciable. Y ¿no recuerdas que tú eras antes igual que yo?» (Delibes, 2005: 197).

Víctima de estas dudas, Pedro pretende alejarse lo máximo posible de Jane y tratar de afianzar con mayor ahínco que antes las enseñanzas del señor Lesmes. Pero el lazo ya está creado. Regresa a Bilbao siguiendo la ruta prevista y un encuentro inesperado con Martina, la hija de don Mateo, le comienza a mostrar el error de su ideario. Ella sentía la necesidad de salir de aquel hogar marcado por el frío hieratismo y la extrema indiferencia hacia la calidez humana y, de un extremo, va a caer a otro: enamorada abandona su hogar y se marcha a vivir a Bilbao engañada con promesas de amor nunca cumplidas. El protagonista en seguida comprende el error de la doctrina del señor Lesmes materializado en su propia hija, quien, sintiéndose sentimentalmente abandonada en su propio hogar, no distingue el falso afecto del verdadero y acaba perdida y sola.

¡Pobre pequeña Martina! La analicé ahora fríamente, como una víctima inmolada al egoísmo pesimista de su padre. Él tuvo la culpa. Él, que trató de imponer pasivamente a cuantos le rodeaban la sombra alargada, sutil, que dividía su corazón en dos mitades² (Delibes, 2005: 227).

² Se hace referencia aquí a la identificación, ya comentada anteriormente, entre el alma pesimista del señor Lesmes y la sombra fina y alargada de un ciprés. La sombra de un ciprés, al posarse sobre los objetos, no los puede cubrir por completo dada su naturaleza estilizada. Por el contrario, los divide longitudinalmente. Así, un alma pesimista, divide al hombre de igual manera y amputa de él su lado afectivo.

Este reencuentro con Martina, además, le permite dejarse llevar por la añoranza. La conduce de vuelta a su hogar y todo lo que ve le recuerda a su infancia. Se observa ya un principio de aceptación de lo perdido desde un punto de vista más sereno. Duele recordar, pero no se niega a hacerlo:

¡Qué sentimientos tan inefables le inundan a uno cuando después de una ausencia de muchos años se vuelve a poner el pie en el lugar por donde discurrió la primera infancia! (Delibes, 2005: 228).

Comenzar a aceptar que la teoría que ha sustentado toda su vida no es tan acertada como pensaba le hace padecer al protagonista una crisis de ansiedad. Su compañero Luis Bolea le aconseja, entonces, que pase las vacaciones junto a él y a su familia en una casa de campo cerca de Santander. Y es la suegra de Bolea la que, con su experiencia y amor a la vida, consigue sacar definitivamente a Pedro de su letargo sentimental convenciéndole de que ha de aceptar la vida en todas sus facetas, porque es esa la única manera de poder comprenderla, sobrellevarla e incluso amarla:

- Todo está regido por un perfecto equilibrio –continuó-. La naturaleza, las plantas, los animales, el hombre, toman y dan con una armoniosa ponderación. Junto a las altas montañas ve usted siempre los valles profundos; a la fresca lozana de la primavera sucede la yerta esterilidad del invierno; al lado del capullo están siempre las espinas; las épocas de abundancia son coronadas por épocas de escasez; la guerra sigue a la paz y la paz a la guerra, formando unos estratos semejantes a los del suelo... Esta es la ley del contraste que rige el mundo. Pero al mismo tiempo es la razón de que todo, todo, tenga su sentido en el Universo.

Doña Sole hizo una breve pausa y prosiguió:

-Pero este equilibrio, esta alteración de lo bueno y lo malo, no puede bastar para enfangarnos en el pesimismo. El pesimismo sólo nos deja ver las espinas en los rosales, la muerte en el hombre, la carne en el amor. Alimentados de pesimismo no vivimos la vida, la sufrimos. [...] Cuando la vida es amarga, hay que suavizarla con la representación de un Gólgota, y cuando es

dulce, mitigar sus dulzuras pensando que otros sufren por lo que nosotros no sufrimos (Delibes, 2005: 253).

Una vez analizadas y asimiladas las palabras de doña Sole, Pedro llega a la conclusión de que el error no es dejarse llevar por la vida, sino oponerse a ella. Con ello, queda desmontada la teoría del *desasimiento* que tantos años había regido su actitud ante la realidad. Y, con ello, también queda libre su corazón de sentimientos pesimistas que le impidan valorar la importancia de compartirlo con alguien más. De este modo, abre su corazón a Jane y se siente reconfortado por un amor del que disfruta y que le aparta definitivamente de su pesimista obsesión.

Sentí con esto mitigarse mi temor hacia la muerte rondadora. Sabía que en el curso del tiempo «uno de los dos habría de enterrar al otro»³, pero no desorbitaba esta probable realidad, antes bien, la admitía como una imposición de las leyes naturales que exigen el desprendimiento, el desencadenamiento del amor antes de transitar a una nueva vida no terrena (Delibes, 2005: 267).

Pedro se casa con Jane y vuelve solo a Santander donde proyecta una nueva vida a la que ella se incorporará en tres meses, debido a asuntos profesionales. Compra una casa y la va adornando con múltiples elementos, imaginándolos junto a la futura presencia de Jane, quien, mediante carta, afirma estar embarazada.

En adelante gustaba de ir a pasar las tardes a mi casita deshabitada. Allí leía las cartas de Jane y allí también solía contestarlas. Poco a poco iba llenando la casa de muebles y detalles (Delibes, 2005: 286).

4. EL CONCEPTO PUESTO A PRUEBA

Con el fin de que sea patente la asunción de esta nueva manera de asimilar la realidad, y se demuestre, de manera pragmática, el

³ Estas palabras aparecen entrecomilladas por haberlas pronunciado con anterioridad don Mateo.

modo de reaccionar del protagonista, ya desasido de sus *protectoras* teorías, ocurre un suceso inesperado y terriblemente funesto que pone a prueba a Pedro. Él lo ve todo desde la cubierta del barco que le lleva de vuelta junto a Jane. Luego habrían de volver juntos a Santander:

Súbitamente todo varió en un segundo. Un obrero impulsando una vagoneta cargada se interpuso en el camino que seguía Jane. Se oyó el chirrido del frenazo y se elevó en el aire una vaharada caliente de goma quemada. Coleó el automóvil y sin que nadie pudiera preverlo cayó dando tumbos sobre las sucias aguas del muelle. Aún se le vio un instante sobre la superficie, pero inmediatamente desapareció entre una serie de círculos concéntricos que iban haciéndose cada vez mayores.

Cuando extrajeron su cadáver una hora más tarde estaba nevando. Y al ver su cuerpo por última vez logré percibir sobre su rígida esbeltez la leve ondulación del hijo iniciado... (Delibes, 2005: 296).

Jane muere y Pedro se ve forzado a aceptar este hecho. Todo lo que había planeado vivir junto a ella se desvanece. La casa y los objetos que contiene pierden su razón de ser. Su hijo *iniciado* nunca nacerá. Se asemeja ahora el protagonista a las familias de los caídos en guerra. Vive de nuevo la misma situación que aconteció con la muerte de su gran amigo Alfredo. Sin embargo, en esta ocasión, el protagonista llegará a conclusiones que distan notoriamente de aquellas que elaboró en el pasado.

El mismo día de nuestra llegada a Santander tomé el tren para Ávila. [...] De aquella casa centrada en plena Naturaleza saqué la exasperante conclusión de que es ingrato cimentar nuestros estímulos en cosas materiales, de que el soplo de la muerte es infinitamente más funesto y doloroso cuanto más hemos coordinado la esencia del difunto con los objetos y paisajes que nos rodean (Delibes, 2005: 300).

Es patente el análisis que realiza del profundo ligazón sentimental que le unía a Jane. Se recrea incluso en reflexionar sobre el aumento de este lazo durante el tiempo que fue amueblando la nueva casa, puesto que unía cada elemento mentalmente con el gusto de Jane o con cualquier actividad que esta pudiera desempeñar cuando

estuviera allí. Se ve inmerso, por tanto, en una relación amorosa íntima de gran valor para él y, sin embargo, en esta ocasión desasirse de ella no supondrá un grave desequilibrio provocado por la inadaptación hacia la realidad, sino que, a pesar del dolor que le produce, lo acepta como parte de la armonía propia de la vida.

Cuando me contemplé desfilando entre dos hileras de muertos sentí abalanzarse sobre mí una oleada de infinita paz; me hizo el efecto de que dejaba en la puerta una insoportable carga de sinsabores y pesadumbres. «Mi sitio está aquí -me dije; entre los vivos y mis muertos, actuando de intercesor.» Sentí agitarse mi sangre al aproximarme a la tumba de Alfredo. La lápida estaba borrada por la nieve, pero nuestros nombres – Alfredo y Pedro- fosforescían sobre la costra oscura del pino. Me abalancé sobre él y palpé su cuerpo con mis dos manos, anhelando captar el estremecimiento de su savia. Así permanecí un rato, absorto, renovando en mi mente los primeros años de mi vida, el latente sabor de mi primera amistad. Luego, casi inconscientemente, extraje de un bolsillo el aro de Jane circundado por la inscripción de Zoroastro⁴ y me aproximé a la tumba de mi amigo. Por un resquicio de la losa introduje el anillo y lo dejé caer. Experimenté una extraña reacción al sentir el tintineo del anillo al chocar contra los restos del fondo. Ahora ya estaban eslabonados, atados, mis afectos; las dos corrientes que vitalizaran mi espíritu habían alcanzado su punto de confluencia.

Cuando una hora más tarde abandonaba el cementerio me invadió una sensación desusada de relajada placidez. Se me hacía que ya había encontrado la razón suprema de mi pervivencia en el mundo. Ya no me encontraba solo. Detrás dejaba a buen recaudo mis afectos. [...] me sonreía el contorno de Ávila allá, a lo lejos. Del otro lado de la muralla permanecían Martina, doña Gregoria y el señor Lesmes. Y por encima aún me quedaba Dios (Delibes, 2005: 307).

El protagonista concluye, después de su experiencia vital, que no ha de buscar distancia ante la vida, ante el resto de personas.

⁴ Jane hace grabar un día antes de a boda la siguiente inscripción de Zoroastro en los anillos: «El matrimonio es un puente que conduce al Cielo».

Acepta la sucesión de la realidad tal como viene, y esto es patente en la determinación de no volverse a marchar de Ávila, lugar en que nació y al que más unido se siente, donde están los seres que han supuesto algo importante en su vida. Permanecerá, a partir de ahora, rodeado de aquellas personas que a lo largo de su existencia se han unido a él, sin el antiguo temor a sufrir tras su pérdida. Este sufrimiento ya no le asusta, lo asume como parte integrante de la existencia. Ya ha alcanzado la fortaleza suficiente para enfrentarse a él. Su vida, llegado a este punto, será la suma equilibrada entre el cariño terrenal, representado por su especie de familia adoptiva, y la esperanza ultraterrena, Dios, al que nunca hace referencia a lo largo de la novela, pero que ahora acepta como representante de aquella razón que hace que se sucedan inevitablemente los acontecimientos que van configurando la vida.

5. ESTADO DEFINITIVO TRAS EL ANÁLISIS DEL CONCEPTO

Se ha producido finalmente el *desasimiento* de la teoría del *desasimiento*. El protagonista, marcado desde un principio por su misma orfandad, lo cual supone para él una ausencia de referentes, se ha de desasir sucesivamente de su propio tío, de su amigo Alfredo, de la familia Lesmes, del mundo refugiándose en el mar, y, finalmente, de Jane. Pero todas estas experiencias, unidas a los consejos de quienes, a su pesar, se sintieron afectivamente unidos a él, hacen de Pedro un hombre nuevo. Gracias a todo ello, la vida recuperará para él su aspecto afectivo y esto redundará en la aceptación profunda y convencida de todos sus elementos, tanto los positivos como los negativos. Recuperará su relación con aquellas personas con las que ha creado lazos, aceptará la ausencia de quienes amó y permanecerá en el lugar que le vio crecer. Se trata por tanto de una vuelta a los orígenes tras recibir la más dura, aunque también la más cierta, de las enseñanzas, la de la vida.

A lo largo de la obra, Pedro ha servido de hilo conductor para realizar un análisis de lo complicado que resulta aceptar el desprendimiento de aquello positivo que podemos encontrar a nuestro alrededor. Su desaparición nos puede provocar rechazo ante un futuro

deseo de volver a conseguir algo positivo, o temor ante la pérdida de otros elementos positivos ya conseguidos. Tanto este rechazo, como este temor, provocan en el señor Lesmes una actitud pesimista ante la realidad; lo cual le lleva a elegir una postura de distanciamiento y desilusión premeditada, con la cual no consigue la felicidad. Pedro sigue esta postura hasta sus últimas consecuencias e, incluso, elige para ello un oficio que le permita mantenerla; pero la propia naturaleza de la realidad le impide conseguir su propósito y comprueba que el hombre vive unido necesariamente a su entorno, que por mucho que lo intente, nunca puede evitar que algún lazo lo una a alguien. Una vez comprobada esta realidad y analizados todos los pasos dados con anterioridad, el protagonista acepta el devenir de los acontecimientos y ya no teme perder o conseguir una unión con algo perecedero. La experiencia le ha otorgado la fortaleza y la madurez necesarias para enfrentarse al mundo en cada una de sus facetas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DELIBES, M. (2005). *La sombra del ciprés es alargada*. Barcelona: Ediciones Destino.
- SOBEJANO, G. (ed.) (1984). *La mortaja*. Madrid: Cátedra.
- MARTÍN, N. (1984). *Leer, crear: invitación a la Literatura*. Alicante: Aguaclara.
- VILLARREAL, T. (1986). *Literatura española*. Madrid: Ediciones SM.